

# El fin

Leandro Rubacha



## Capítulo 1

Se despertó respirando agitadamente.

Su boca aspiraba grandes cantidades de aire, como si no lo hubiese hecho en años. El cuerpo le temblaba; su cabeza, mareada, luchaba por funcionar y sus ojos bailaban en sus órbitas como si hubiesen estado perdidos. Con la mano derecha intentó quitar la sábana que lo cubría, pero no lo logró.

Sus manos no respondían. Un dolor punzante impidió que su torso se moviera. Sentía como si le hubiesen clavado un cuchillo en la zona abdominal.

Continuó recostado, dándole la oportunidad a su cuerpo de tomar fuerzas. Al cabo de unos segundos, su respiración se calmó y sus ojos quedaron estáticos. Intentó levantarse, ahora con éxito. El dolor se iba rápidamente. Su mano derecha volvió a su tarea de quitar la sábana, esta vez lográndolo. Pero había algo extraño en ella, y es que estaba completamente pálida.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó murmurando con la poca voz que tenía.

Sentándose en la cama, esperó hasta que se hubo recuperado por completo. Lentamente recobraba el color de su mano y las fuerzas en el cuerpo y extremidades. Finalmente, luego de un largo y pronunciado bostezo, se reincorporó.

Mirando a su alrededor, notó que se encontraba en su habitación, en su casa, aunque había algo extraño. El espacio estaba cubierto por decenas de velas ya consumidas, y las paredes antes blancas estaban cubiertas de un color rojo sangre.

«¿Qué ha pasado? No puedo recordar nada», se preguntó desconcertado.

Inmediatamente pensó que todo esto había sido obra de él y de su esposa, de algún tipo de juego sexual, pero era una idea que se le borró al instante de la mente. Sabía que su esposa no permitiría que se pintasen las paredes por un juego.

Sentía mucho calor y pensó en quitarse el pijama. Sin embargo, al bajar la vista, notó que no lo llevaba sino que vestía con su mejor traje, aquel que desde que lo compró hacía ya dos años, lo atesoraba como su prenda más preciada.

Había estado ahorrando durante muchos meses, privándose de sus pequeños lujos cotidianos como las gaseosas y los cigarrillos para poder costárselo. Finalmente pudo adquirirlo, abonándole al sastre hasta el último centavo del precio por adelantado. Pero había valido la pena. Tanto el saco como el pantalón le calzaban a la perfección y el traje parecía como si hubiera sido pintado sobre su propia piel. Por su costo, reservaba su uso para situaciones especiales.

No obstante, ahora lo llevaba puesto y no recordaba haber asistido a ningún evento la noche anterior. La bebida podría dar una buena explicación de lo que había pasado.

Como sus piernas ya no se quejaban, comenzó a caminar. Se dirigió primero hacia la ventana, donde las cortinas impedían que penetrase la luz del sol. Al separarlas, sintió una cortina de nubes negras que retrocedían lentamente, dando permiso de asomarse al sol.

«Debió haber una gran tormenta. Es probable que se haya cortado la luz durante la noche y ese haya sido el motivo de la existencia de tantas velas consumidas», pensó.

Mas dudó por un instante. Su idea era demasiado vaga y no podía explicar por qué llevaba puesto su traje, ni siquiera el motivo de las paredes rojas.

Su cabeza se distrajo por un aviso de su vejiga y se dirigió al baño de la habitación. Allí decidió que era hora de comenzar el día con su rutina matutina. Luego de apretar el botón del inodoro, se lavó las manos y los dientes para luego abrir la llave de la ducha. Por algún motivo se sentía bastante sucio y al quitarse la ropa, descubrió el porqué. Su cuerpo estaba completamente cubierto por alguna especie de gel viscoso y pegajoso. Su consistencia le recordó aquellos jarabes dulces que le regalaba a su hija los viernes por la noche cuando regresaba a casa. Mientras, el agua de la ducha comenzó saliendo tibia y fue reduciendo su temperatura gradualmente hasta que el resto salió fría.

—¡Maldito calentador! —exclamó, maldiciendo haberlo comprado en oferta.

Apenas había llegado a quitarse el líquido del cuerpo cuando el caudal de agua se redujo hasta extinguirse. Visiblemente extrañado por la situación, abrió la llave del lavatorio, obteniendo el mismo resultado. «¿Cortaron el agua?», pensó mientras gritaba el nombre de su esposa.

—¿Claudia?

No obteniendo respuesta, tomó una toalla y salió del baño. Luego volvió a gritar, esta vez desde la puerta de la habitación:

—¿Claudia?

El silencio se perpetuaba.

Un tercer grito sin respuesta fue motivo suficiente para que bajase las escaleras y entrase a la cocina, aún mojado. El viento hacía mover las cortinas de la ventana. El silencio era interrumpido por el movimiento de alguna hoja de papel. Ollas y sartenes miraban al recién llegado sin inmutarse por su presencia. Su mujer no se encontraba allí.

Su semblante cambió. Le parecía extraño que siendo así su mujer no le hubiera dejado una de sus típicas notas. El viento se hacía cada vez más fuerte, barriendo las negras

nubes con rapidez. Una potente brisa cerró la ventana de la cocina con un golpe brusco, provocando un leve sobresalto en su único ocupante. Un nuevo grito resonó en la casa: —¡Ana!

El silencio evidenció que su hija tampoco acudió a su llamado.

«Debe de estar en el colegio», pensó.

Estaba solo en su casa. Situación bastante extraña para él. Necesitaba un café para comenzar el día, pero al abrir el grifo y no haber agua, su necesidad se vio opacada, transformándose en una molestia. Regresó a su habitación para cambiarse y salir a comprar botellones de agua hasta que se solucionase el problema. Al cambiarse, su vista se fijó nuevamente sobre las paredes rojas y las tantas velas consumidas. «¿Qué habrá pasado?», se volvió a preguntar.

Los rayos del sol que invadían la habitación se estaban retirando, cediendo nuevamente el paso a las negras nubes.

El aire se comenzó a viciar. Sus pulmones se estaban llenando de otra cosa y comenzó a ahogarse. Su vista se nublaba y se sentía a punto de desmayarse. Debía salir de allí, debía respirar. Salió de la habitación y bajó rápidamente las escaleras en dirección a la puerta principal. La falta de aire le nublaba la vista y le hacía perder fuerzas.

Finalmente pudo alcanzar la perilla y girarla. Fuera, pudo ver cómo el sol resurgía y sus brillos iluminaban el día.

El aire en ese momento era limpio y puro, brindándole un nuevo respiro. Sin embargo, este no duró mucho. El paisaje era desolador y una mala sensación invadió su corazón. Leo se encontraba completamente solo.

Nadie.

Nadie más que él se encontraba allí. El paisaje desolador se asemejaba a las películas de ciencia ficción, o más bien a una pesadilla. Forzando la vista, intentó obtener un mejor panorama de su visual. Algo muy extraño sucedía. No había personas caminando, no había niños jugando ni mascotas corriendo, no había siquiera autos circulando, pero sobre todo, no había ningún ruido. Nada salvo el viento.

Jack, su vecino, tampoco se encontraba presente cortando el césped como todas las mañanas. Su viejo oficio de jardinero no había desaparecido al jubilarse y cada día, a menos que el clima no lo permitiese, se lo podía ver en su jardín cuidando de sus hijos, como él llamaba a sus plantas. Aunque no solo él había desaparecido, sino que su otrora perfecto jardín ahora parecía el campo de batalla de una guerra en la que el único perdedor fue la naturaleza. Al ver el desierto jardín, se entristeció.

—¿Algo le pasó al viejo Jack? —se preguntó en voz baja. A pesar de no entenderse y de no haber sido los mejores

vecinos, no le deseaba nada malo y lamentaría bastante su pérdida ya que siempre fue muy amable con Ana. Ella le ayudaba a cuidar las plantas y en especial, a retirar las verduras que crecían en la huerta ubicada al final del jardín.

Sin nada más que poder hacer, retornó a su casa. Su cara ahora era de profunda preocupación. Temía por su familia. Se dirigió a la sala de estar y tomó el único teléfono de la casa. Uno inalámbrico, de esos parecidos a los celulares de hace algunos años. Al marcar el número de su esposa, una voz femenina le indicó que la batería estaba a punto de agotarse. El aviso de la máquina estuvo en lo cierto y el teléfono murió al instante. «Qué raro», pensó mientras reflexionaba sobre los posibles motivos de la falta de carga.

Al revisar las conexiones, todo era normal y la base estaba conectada. La única explicación que se le ocurrió era que no había electricidad. Estaba en lo cierto: la prueba la hizo encendiendo las luces de la sala de estar y luego las de la cocina. Finalmente verificó el microondas y la —extrañamente vacía— heladera. Nada funcionaba.

Regresó a su habitación en búsqueda de su móvil, que encontró destruido sobre la mesita de noche de Claudia. —¡Maldición! —exclamó.

Su ansiedad se hacía cada vez mayor, hasta el punto de que casi tropezó por las escaleras al no prestar atención a un juguete de Ana que se encontraba tirado.

Volvió a salir y a comprobar que nadie más que él parecía encontrarse a la vista. Las nubes grises y espesas ya habían sido barridas casi por completo por el viento y el sol brillaba cada vez más fuerte en el cielo. Cerrando la puerta con su llave, salió y se dirigió al pedazo de chatarra, como llamaba a su vehículo. Encendió el motor, que produjo un molesto chillido por ser despertado de su placentero descanso y se puso en marcha. Su primer destino sería la escuela, en busca de su hija.

—Gracias a Dios que llené el tanque —dijo, intentando confundir a su mente.

Sin embargo, su mente ya se encontraba bastante confusa debido a que tampoco recordaba cuándo lo había hecho.

La aguja del medidor de combustible marcaba que el tanque estaba lleno, mas esto no era de confiar ya que su camioneta tenía un consumo más alto que cualquier otro auto, además de tener ya unos cuantos años de vida. De allí el apodo pedazo de chatarra.

El panorama durante el trayecto no distanciaba mucho de lo que veía desde la entrada de su casa. Autos chocados o frenados en lugares prohibidos, semáforos sin funcionar y la completa ausencia de gente completaban las tres puntas

de este triángulo de las Bermudas.

El camino se hizo largo y durante el mismo, Leo pudo contemplar al desolado pueblo. Mil y una ideas se le vinieron a la mente, todas merecedoras de alguna historia de ficción, aunque una le resonaba más que otra. «¿Y si todos abandonaron el pueblo?» Inmediatamente respondió a su pensamiento: «No, por supuesto que no». Era imposible. Además, su familia lo hubiese llevado con ellos. Su mente aún pensaba. —¡Una guerra! —exclamó.

Pero al mirar a su alrededor, la descartó. Sin contar a los autos chocados, el resto de las cosas estaban intactas, sin indicios de haber sufrido un enfrentamiento bélico, ni siquiera uno de vandalismo.

El edificio escolar se hizo presente. Su arquitectura recordaba a las viejas casonas de principios del siglo pasado con una entrada más que imponente, digna de una antigua universidad griega. Estacionó la camioneta con cuidado, respetando el lugar reservado para los discapacitados, y entró en la escuela. Un aire frío recorrió su cuerpo mientras que se adentraba en aquel edificio.

—¿Hola? —gritó.

El grito produjo un eco bastante longevo.

—¿Hay alguien ahí?, ¿alguien me escucha?

Nuevamente el eco hizo presencia.

Su mirada cambió y sus manos y pies comenzaron a temblar. El miedo surgió en su interior. Los vacíos pasillos convertían el lugar en uno más tétrico. Los salones parecían haber sido abandonados de golpe, dejando los alumnos sus mochilas y útiles sobre los pupitres.

Luego de recorrer todas las aulas, al final del pasillo se encontraba la oficina del director. Su nombre se podía leer en la puerta. Giró la perilla, pero la puerta no se abrió.

—¿Señor Stuart? —gritó mientras golpeaba la puerta.

El llamado no fue atendido. Golpeó nuevamente, dos, tres, cuatro veces más, siempre con el mismo resultado.

Luego, dio media vuelta y quedó frente al largo y desolado pasillo.

—¿Hay alguien?

Las piernas le volvieron a temblar. El aire nuevamente lo ahogaba. Debía salir de ese lugar, debía irse lo antes posible, pero las piernas no le respondían como debían. Finalmente logró salir y el sol comenzó a brillar, pero su respiración no se calmó. Su pecho estaba repleto y debía ser descargado. Detenido en la puerta de entrada al colegio, mirando a su pueblo, lo logró y el potente grito resonó por todos lados:

—¿Alguien que me responda, por favor?

Nadie. Nadie más que él se encontraba allí. Una lágrima asomó en su ojo derecho. Otra lo siguió y así sucesivamente

hasta que rompió en llanto y se desplomó sobre las escaleras de la entrada. Su más grande temor se había vuelto real y esta realidad le superaba. Finalmente se había dado cuenta de que estaba solo en la ciudad.